

PEDRA BRANCA

Roberto Bernal

Como en otras ocasiones, Iván García esta vez me pasó un texto sin más comentarios que "es un escrito del Cocinero". Inmediatamente emprendí su lectura, aunque debo decirlo, con poco entusiasmo, pues no sabía de quién se trataba. La sensación que me sobrevino desde las primeras líneas fue de sorpresa, y luego, de un justificado entusiasmo. No es frecuente que con la prosa me suceda algo así. Mas ahora no me hallaba ante una prosa cualquiera. La escritura tenía una intensidad, un ritmo, una originalidad nada comunes, y así se lo hice saber a Iván.

Publicar ese relato en la revista no me parece un desvío de nuestra fidelidad al poema; más bien corrobora una acendrada convicción: la poesía no sólo se expresa en el verso. Cuando el lenguaje es utilizado como en este caso, es porque la poesía respira en sus líneas, sostiene el movimiento de la prosa y en casi nada difiere del poema propiamente dicho. Aunque hay personajes y diálogos y situaciones propias de la narrativa, la flecha en este caso está dirigida hacia un centro que se sitúa más allá de la mera prosa. Su publicación entonces no implica un gesto excepcional sino una confirmación de algo que sólo muy pocas veces uno puede verificar.

H. G.

*Para Claro Salgado, mi abuelo,
que jamás ha leído una palabra.*

Después del entierro de Celia Reyes, ya en la noche, le pregunté a Caín si no quería pasar algunos días en mi casa. Allá, dije, podríamos platicar y jugar dominó. Mi invitación pareció desconcertarlo. “¿Y quién va a regar mis plantas?”, dijo. Sí, claro, sus plantas. Así como una piedra me parece perdurable porque estoy seguro me sobrevivirá y pasa a la ausencia porque es permanente, así también había olvidado el patio, la huerta personal, los frutos que sólo parecen florecer en las manos de Caín. Una extraña convicción, cuando niño, me hacía creer que ese conjunto de árboles que florecen el año entero sobre las hamacas, frente al comedor o en la ventana de la cocina, estaban ahí mucho tiempo antes que mamá y Caín, y que, venciendo todos los espacios, habían creado el propio, explayando sus ramas y sombras y delimitando el de la casa. Pronto se adueñaron del espacio que abarca mi memoria. De esa manera, me es imposible imaginar cualquier rincón de la casa sin el árbol que le pertenece, y la falta de cualquier elemento, la piedra inmortal, por ejemplo, deformaría la fotografía estática que, a cada año, reafirmo en viajes a Villa Madero.

Esos eran mis presagios desde la infancia, burda imaginación, echar la cabeza sobre Caín. Claro que más tarde supe que sólo el corongoro, ese árbol sin frutas y hojas espesas, baúl de mi ombligo, alguna vez se levantó solitario en aquel campo —quiero imaginar— de raíces y hierba mala que compró Caín antes de casarse. En menos de un año, según me enteré, sembró los tamarindos, mangos y limones. De cómo cambió la casa desde entonces, no tengo idea, como tampoco de los polines y el primer millar de tejas que se renovaron; pero de ese tiempo a la fecha, permanecen, indiscutibles, los árboles. Desde la banalidad de mis hipótesis, nunca confirmadas, recreo dos situaciones: Caín eligió para vivir esa zona de Villa Madero por el ridículo precio de los terrenos, o bien porque su carácter ausente y el desprecio callado

que siente hacia la gente y su propia familia encontró, digamos, la afinidad correcta con esos campos donde el viento respira el aire hostil, arengado en polvo, que se violenta contra los corongoros solitarios y el fondo verde del arroyo estancado en la barranca. Y en esa loma, donde sólo se verifica el sol y lo alto de los pinzanes, imagino a Caín empotrado a una silla y abrumado por la presencia de su madre loca. Como ella, se sintió destinado a la inmovilidad y la amargura. De los pasos cortos y ese zigzaguo de su cuerpo al andar, se podría decir frágil o vencido, me imagino no cambiada nada desde entonces. Pero inmóvil, ya sea en pie o sentado, su imagen varía de lo impenetrable a la serenidad. Inmensa talla elegante toma su cabeza cuando sus ojos se concentran en algo. Y yo, al crecer, me detenía junto a él, sin hablar, y me interesaba por el objeto que era capaz de producir tanto interés y al mismo tiempo transformar su cara en algo por completo imperturbable. En ocasiones no era nada: Caín sólo estaba pensando.

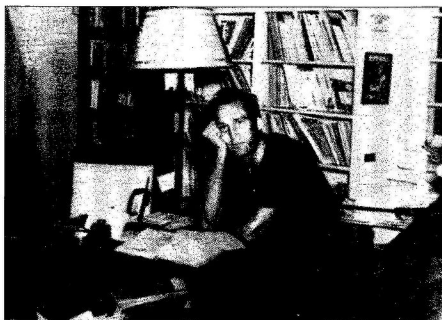
A cada año, después de las cosechas, Caín desaparecía por una larga temporada y llegaban a casa rumores que hablaban de él. Lo habían visto, borracho, en Altamirano, Arcelia y Cuernavaca. Allí, contaban, mantenía queridas con las que procreó hijos. La infiltración de estas habladurías —que yo escuchaba fascinado por el modelo inverosímil de la narración minuciosa y exacta, en ocasiones obscena incluso para un adulto, y me preguntaba qué tipo de desaliento, aburridas horas, impulsaba a la gente a la renovación del chisme para convertirlo en algo entretenido y en ocasiones elegante— nunca dejaron de abrumar y avergonzar a la abuela. Y ella, yo la veía, permitía que la derrota le agachara la cabeza al escuchar. No agregaba palabra. Reducido al mito, del que sólo yo estaba atento y exageraba, Caín era extraído de la ausencia para ser objeto de insultos por parte de mi abuela: todos los días, durante el desayuno, Celia Reyes me narraba el tipo de monstruo que tenía por marido. Era el único momento del día que me dirigía la palabra, nunca para conversar, porque yo callaba. Esta herencia de la discordia, producto del temporal que me parecía remoto, quizá hasta fabulación de la abuela, tenía un

r sultado estéril en mí: Celia Reyes había perdido la emoción de contarse sus desgracias. No me conmovía, y me apenaba simular la distracción, una supuesta mirada en el jardín, cuando me hablaba. Y esas mañanas tenían, por costumbre, la sorda composición de llovizna y frescura, el almacenamiento del agua en las flores, en el cráter de las hojas del limón, lejos de mis manos, en la vecindad de la cocina, pero que yo respiraba mientras hacía a un lado toda imagen provocada por las palabras de mi abuela. Era como si la respiración de la casa, a la que se integraban el espesor del lodo, la brizna que saliva el patio y la tapa de los árboles, viniera a unirse a mi negación del pasado, y tenía la impresión de que toda esa circulación de luz, entre los márgenes de las puertas abiertas —ocasión sólo para el tránsito de las moscas—, venía a renovar la mirada, el carácter mismo de la cal en las paredes, el balanceo de las hamacas en el patio, incluso las sombras que en el interior o exterior se compartían, y que nada, ni siquiera el vestigio narrado de mi abuela arrastrada por el suelo en manos de Caín, tenía una existencia justificada allí donde la luz venía a incorporarse para pedir calma. Ya estaba lejos el tiempo en que mis tíos también habitaron ese espacio, se fueron de a poco, o quizá huyeron, si uso las palabras de mi madre, porque ahí fueron infelices, porque Caín los golpeó hasta que los empujó a marcharse y dejaron como tesoro, para gracia de mi mezquindad, el silencio.

Después del desayuno emergían, ya desbaratadas, las horas en que mi abuela y yo nos ignorábamos, y el tiempo —por lo general lento, asombrado también del calor y la calma— fijaba el ritmo de nuestro carácter; siempre estaban dispuestas, sólo para mí, ya sea en el patio, frente a la tibia tarde o en el ángulo rosado del día, o bien bajo la sombra de los tamarindos, donde el sol nunca lograba filtrar las espesas ramas, de modo que el día se vaciaba de horas y abajo todo oscurecía, las sillas en las que, sentado por largos periodos, ignorante del aburrimiento, fracasaba —como ahora— en inscribir uno solo de mis gestos al verano que nacía y se ponía al descubierto en la rabia del rocío, en las charembas de junio y rojas de lluvia; imaginaba que me bastaría con exten-

der la mano, ponerla sobre el espacio, para ser testigo del nido de rosas que se daban al agua; en cambio, estaba parado bajo la fruta, me mecía pequeño, porque ondulaba el día, porque estaba en la eternidad de la rama, nada más porque quería callarme, y sentirme fresco también.

Dejé Villa Madero por la tarde. De mi escasa familia, me parece que sólo Caín no salió al portón para despedirme. Iba en el auto con papá y mi hermano. Muy pronto, en el horizonte, entendí que en cualquier momento oscurecería. Pero ansiaba todavía un poco de luz, formular, con la mirada, preguntas acerca de lo que creo me pertenece. Sucedió, el auto avanzaba y yo encontré mis coincidencias con ese terreno que nada vale. Y me bastó esa estampa de flor seca, un espino negro que trasciende en las grietas, esa, digamos, acechanza de la tierra convertida en polvo, para decirme esto es Villa Madero: mortal paisaje. Apenas me decía esto y Villa Madero ya había quedado atrás. Entonces recordé que unos minutos antes, al pasar rápido, había visto de reojo las bugambilias que caen sobre el techo en la casa de mi tío Idolfo. Es la curva por la que se entra o despide de Villa Madero.



James Laughlin conoció a William Carlos Williams por Ezra Pound. Fue uno de los primeros autores publicados dentro de lo que sería el impresionante catálogo de New Directions, una de las mejores editoriales del siglo XX. Esta relación como casi todas, tuvo momentos de intensidad variable, aunque siempre dentro de los márgenes de la amistad y la cordialidad. Laughlin estuvo agradecido con Williams entre muchas otras cosas por haberlo impulsado a escribir poemas, cuando Pound no lo hizo. La historia es conocida, y como se sabe, terminó dando gusto a los dos, al conseguir ambas cosas: ser un excelente editor, además de buen poeta. El texto a continuación, es un fragmento de un libro que se publicó en 1995 con el título de Remembering William Carlos Williams. Posteriormente, Laughlin lo incluyó en su especial proyecto autobiográfico Byways —ni prosa, ni poema— aparecido algunos años después de su muerte, dando con esto fin a un testimonio de una larga amistad, muy singular, y sin duda importante para la literatura de nuestro tiempo.

J.L.B.